

los astutos y los facciosos procuran explotarlo con fines pequeños, sugiriendo que el acto de votar—un minuto cada tantos años—igualala al manso elector con los hombres que trabajan noche y día para dignificar a su pueblo; se es ciudadano a todas horas, o no se es en momento alguno. Las interpretaciones de sus aprovechadores políticos son al nacionalismo espontáneo como los fuegos de artificio a la luz del sol. No es patriotismo el que de tiempo en tiempo chisporrotea en palabras, sino el que impulsa de manera constante a trabajar por la felicidad común.

El sentimiento de la nacionalidad tiene un contenido moral; cuando los intereses de un grupo se sobreponen a los ideales que brotan del alma vibrante del pueblo, se cubre de parásitos que lo explotan como una industria. Convertirlo en lábaro de la tiranía y del privilegio, es obrar como enemigos de la realidad nacional, pues el ejemplo corruptor hace olvidar a todos que en el canto de un poeta, en la verdad de un sabio, en el ensueño de un apóstol o en la reflexión de un filósofo, puede estar una partícula de la gloria común.